



LA VISITACIÓN (Lc. 1,39-4)

Por entonces María tomó su decisión y se fue, sin más demora, a una ciudad ubicada en los cerros de Judá.

Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel.

Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: ¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!

¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas.

¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!

María dijo entonces:

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador,
porque se fijó en su humilde esclava, y desde
ahora todas las generaciones me dirán feliz.*

*El Poderoso ha hecho grandes cosas por mí:
¡Santo es su Nombre!*

*Muestra su misericordia siglo tras siglo a todos
aquellos que viven en su presencia.*

*Dio un golpe con todo su poder: deshizo a los
soberbios y sus planes. Derribó a los poderosos de
sus tronos y exaltó a los humildes.*

*Colmó de bienes a los hambrientos, y despidió a
los ricos con las manos vacías.*

Socorrió a Israel, su siervo, se acordó de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, a Abraham y a sus descendientes para siempre.